

751

ÍNDICE:

General Primo de Rivera: LOS EDITORES.-Nuestra página de honor.-A Castilla: VILLAESPESA.-Tres poemas nacionales: EDUARDO MARQUINA. - Claro de luna. - I: TEODORO MOLINA ESCRIBANO.-La hora conmovida: FRANCISCO MONTERO GALVACHE.-España renace: JOSÉ M.^a CORDERO.-Sueño de peces: JOHN MC. MONEGAL.-Aquellas tres naves...: BLANCO-BELMONTE.-...¡Mi Española! ...¡Arriba Española!: JUAN GARCIA FAYOS. - Sobre el haz: FRANCISCO MONTERO GALVACHE.-"Jerez-Xerez-Sherry": Crítica de MANUEL CHACÓN SÁNCHEZ Gloria a los caídos: LOS EDITORES.-La hora espiritual: ISABEL TALLAFIGO.-El Otoño del poeta: (continuación) P. MONTERO GALVACHE.

Número 4

Septiembre 1936



Parilla

CAUCES

REVISTA LITERARIA

JEREZ

Ayuntamiento de Madrid

EDITADA POR:

FRANCISCO MONTERO GALVACHE
JOSÉ M. HERNÁNDEZ-RUBIO
PEDRO MONTERO GALVACHE

NUEVA INDUSTRIA JEREZANA

Fábrica de Cápsulas y Tubos Metálicos "SAN PEDRO"

CHACON y Compañía

Primera Fábrica Andaluza de Productos de Plomo y
Estaño, montada con los adelantos más modernos de
la técnica.

Fábrica y Oficinas: Méndez Núñez, 8.-T. 1928

K R L O * FOTO * LARGA, 47

MANUEL FERNANDEZ Y C.^A, S. L.

ESPECIALIDADES: AMONTILLADO VICTORIA :-: COÑAC PLUS ULTRA

JEREZ QUINA DEL RAMO

JEREZ DE LA FRONTERA



REAL TESORO

JEREZ

CAUCES lleva su aliento de Arte y de Poesía a las más
bellas ciudades portuguesas: Beja, Porto, Estremoz, Tavira,
Lisboa... A Roma, Berlín, Montevideo y principales centros
literarios de la América latina.

Ayuntamiento de Madrid



General Miguel Primo de Rivera y Orbaneja:

Nunca como en estas horas, tan hondo el recuerdo de vuestros días. La España con que soñábais, empieza a clarear entre las brumas del amanecer anunciado por vuestro hijo. Por todas las sendas, retorcidas de dolor y sacrificio, se oye el ruido de los fusiles de la libertad, y bajo el peso de la sangre de los mártires, la tierra de vuestra España se abre para dar paso a las vidas que vienen a luchar por su Honor y por su Gloria.

¡Ya se ha salvado España, General! Ya tienen las estrellas abierto el camino por donde va a pasar de nuevo la Historia de un pueblo romántico y artista; que para recoger el fruto de la nueva vida de la Patria, siembra con sangre y martirio bajo el sol de la pelea. Ya España será como soñábais que fuese: Una, Grande y Libre. Hermosa, como el paisaje de sus campos; fecunda, como el grito glorioso de sus entrañas abrasadas de tanto amor, y rígida, como la altiva y serena gallardía de vuestro gesto. Nunca como hoy, en la plena consagración de los héroes, para cantar vuestro recuerdo de gran español.

General Miguel Primo de Rivera y Orbaneja:

Desde vuestro puesto de honor en la Historia, haced que caiga en los campos españoles, tan sufridos y llenos de sangre, una lluvia de pensamientos y laureles que haga brotar en peñas, llanos y caminos, las flores alegres de la nueva primavera.

Ayuntamiento de Madrid

Nuestra página de honor

A Castilla

Noble Castilla, sobre tu tálamo de hierro
El Amor ha engendrado al héroe que vendrá
A soltar los leones del secular encierro
Y a azuzarlos de nuevo donde la presa está.

Entre el apoteosis del órgano sonoro
Le ungirán en las naves de vieja Catedral,
Y extenderá sus alas sobre la Cruz de oro
De tu altiva corona, el águila imperial.

Y de nuevo Castilla le verás en tu tierra,
Tinto en sangre hasta el casco de su corcel de guerra,
Regresar victorioso de legendaria lid:

Paladín de sangrientas y ancestrales venganzas,
Galopando entre un bosque de escudos y de lanzas
Cual la desenterrada aparición del Cid.

FRANCISCO VILLAESPESA

Tres Poemas nacionales

1.-La bandera de España

Vive en el corazón de nuestro pueblo. Acaso ella sea la más clara imagen de nuestra nacionalidad. La bandera es la Patria. Un impulso nos sacude a su vista. Niños y gentes sencillas se ponen en marcha, al paso de la bandera por las calles, para darle, emocionados, escolta. Los ojos se empañan, fuera de España, lejos de la Patria, al relampaguear de sus dos colores, en revuelo evocador. Sobre que nuestra bandera es íntimamente conforme a nosotros y nos expresa totalmente. Carne y alma; la sangre y la gloria reunidas; fe y martirio; muerte e inmortalidad reunidas.

¡Gloria, gloria, corona de la Patria,
soberana luz
que es oro en tu pendón!
¡Vida, vida, futuro de la Patria
que en tus ojos es
abierto corazón!...

Púrpura y oro: bandera inmortal,
en tus colores, juntas carne y alma están.
Púrpura y oro: querer y lograr:
¡Tú eres, Bandera, el signo del humano afán!

2.-España, trigo de siembra

Siglos de Historia harán la España nueva. El tiempo y la necesidad consumieron la vasta cosecha. Quedan las semillas más resistentes, el grano más logrado y limpio, lo que se aparta de toda cosecha para darlo otra vez a los surcos: el trigo de siembra. Honremos a la Patria de una manera activa; añadiéndola a la cultura del mundo, «sembrando» efectivamente en Europa la semilla hispana, para que tenga nuestro sabor el pan del futuro.

¡Patria, Patria! Al fuego de los siglos
depurada estás
como oro en el crisol.
Fuiste grande: colgando de tu espalda
fue tu manto ayer
la púrpura del sol.

Ayuntamiento de Madrid

¡Patria, si hogaño tu campo menguó
pequeño grano puede sembrarse y dar flor:
siembra, en mis manos, España serás
y sabrá a mieses tuyas, del Futuro, el pan!

3.-España, rediviva

Abrimos los ojos; contemplamos la totalidad del suelo español: ríos, montañas, campos. Ríos por donde corre sangre de nuestros hermanos; montañas, hacinamiento de sus huesos gloriosos; campos, cenizas de ejércitos anónimos. Pensamos que, para llegar al esplendor de España, ha sido indispensable el largo sacrificio histórico de tantas vidas. No se le ha dado gratuitamente a España el Templo en que la veneramos. No fraguó sobre arenas ese templo: sus cimientos son piedras de sepulcros. El presente de España es decurso de su pasado hacia el porvenir. No morirá: en la virtud de su ayer está la garantía de su vida.

Ríos patrios, la sangre de los héroes
os tiñó al correr
y ungió vuestro caudal.
Patrios montes, los huesos de los héroes
en vosotros son
granito y pedernal...
Tierra de España, ceniza de ayer,
no pisa arena el Templo de la patria fé:
nutre el pasado tu viva raíz:
lo que se fraguó en la muerte no puede morir!

Por dos veces el ¡Viva España!, siguiendo los pasos del sol, surcó, en agua y aire, la ruta del misterio para ensanchar material o espiritualmente la Patria. Veinte pueblos dan fe de la eficacia de este grito. Que el labriego, el obrero, el soldado, lo den al aire entre el ruido de los útiles y las armas; que el pensamiento definidor eduque a la mano realizadora en la finalidad trascendente de este grito. y toda España, de pie, al conjuro del «viva nacional», se ponga en marcha para ratificarlo.

EDUARDO MARQUINA

CLARO DE LUNA

I

Noche en Toledo. Claro de luna... puente de San Martín... viejos torreones que guardan el puente, sobre el foso del Tajo En sus aguas se quiebra el acero de los lunares rayos... Más allá, el carcomido torreón de los Baños de la Cava que, empujado por una línea de murallas, semeja lanzarse al río. .Romancero que canta:

De una torre de palacio
Se salió por un postigo
La Cava con sus doncellas,
Con gran gusto y regocijo.

Sombra del último Rey godo sensual... Lamentos de doncella profanada que en triste gemido rozan el cañaveral de la ribera, llamando al Conde Don Julián con versos de timoneda:

Debeis de vengar, señor,
Esta tan gran villanía,
Y ser Bruto, el gran romano,
Pues él Tarquino se hacía;
Si no, yo seré Lucrecia,
La que dió fin a su vida.

Deja, viajero, los lamentos de la Cava y las arenas de oro del río. La luna te alumbrá más altos asuntos... Vuelve a tu diestra y mira la ermita del Cristo de la Vega, antigua Basílica de Santa Leocadia.

En ella se abrazan lo antiguo y lo nuevo. Allí, la gran monarquía visigoda con sus triunfos y sus vergüenzas, allí Recaredo fundiendo en una sola pieza en el crisol de la fe católica esta España que los esbirros pagados por Rusia quisieron pulverizar en tantas repúblicas como campanarios, pero fundiendo antes sus campanas y quemando sus templos. Allí se celebraron los Concilios Toledanos, las primeras Cortes de Castilla y del mundo, crisálidas que dieron el ser a esta España grande que ahora está saliendo del sepulcro de Lázaro. Mira, viajero, ese Cristo con su brazo derecho desclavado y colgando, y al claro de luna recordarás la leyenda vaciada en el molde marfileño de los versos de Zorrilla:

El notario a Jesucristo
Así demandó en voz alta:
«Jesús, Hijo de María,
»Ante nos esta mañana
»Citado como testigo
»Por boca de Inés de Vargas,
»Jurais ser cierto que un día
»A vuestras divinas plantas
»Juró a Inés Diego Martínez
»Por su mujer desposarla?»
Asida a un brazo desnudo
Una mano atarazada
Vino a posar en los autos
La seca y hendida palma,
Y allá en los aires «SÍ JURO»
Clamó una voz más que humana.
Alzó la turba medrosa
La vista a la imagen santa...
Los labios tenía abiertos
Y una mano desclavada.

Noche de luna que sabe de misterios, porque sabe dejar a oscuras los angostos callejones tristemente alumbrados por un farolillo que arde ante un Cristo clava-

do en la pared, resguardado por astillado tejaro de madera. Virgen de los Alfileritos, Cristo del Cobertizo de Santa Clara, decidnos de los pobres cuitados que ante vosotros rezaron. de los bravos que a vuestra luz cruzaron sus aceros...! Callejón del Codo, Cobertizo del Pozo Amargo, Callejón de los Niños Hermosos... me habláis con más elocuencia que las grandes avenidas de Manhatann, porque de lejos oléis a historia, a tradición, a espíritu de una raza fuerte, mientras las avenidas de Nueva York sólo me huelen a gasolina! .. Entremos por la puerta del Cambrón, tan antigua como la dinastía visigótica. Por allí entró Wamba a la capital de su reino. Canta el juglar:

Por la puerta del Cambrón,
Una de las más nombradas
Que adornan la gran Toledo,
Imperial Ciudad de España,
Con grande acompañamiento
Entra el valeroso Wamba
A recibir la corona,
Con su mujer Doña Sancha.

Y subimos el áspero repecho, gloriosamente oprimidos por la mole de San Juan de los Reyes que se advierte enfrente, erigida por los Reyes Católicos, para conmemorar la batalla de Toro, batalla que comienza con acero en las orillas del Duero y acaba con piedra tallada en la ribera del Tajo... Batalla de Toro, epopeya entre dos ríos que se perpetúa petrificada en la preciosa joya gótica de San Juan de los Reyes. En sus muros batidos por la espuma gris de los siglos, veo colgados hierros de dolor y de amor, hierros que sujetaron carnes cristianas a la esclavitud islámica y hierros que en forma de flechas atraviesan un yugo, flechas que hirieron dos corazones regios con profunda herida de amor a España, yugo que unió dos cuerpos y dos almas al servicio de una Patria grande. Cuatro siglos y medio, y el yugo y las flechas bajarán de los muros de San Juan de los Reyes para estamparse en las camisas de los valientes de hogaño que sabrán empujar a España por las rutas de su grandeza de antaño.

Noche por las callejas de Toledo... Arriba la luna pugna por abrirse paso entre los aleros de los tejados que se besan de acera a acera... Camino adelante, la iglesia de Santo Tomé con su torre mudéjar. En ella, el ladrillo sintió contrición de ser moro y, al hacerse cristiano, retorcióse contrito y formó mil figuras geométricas en doble arquería, herraduras, cornisas, aleros y tejarozes. Torre de Santo Tomé... te tienen envidia tantas torres! Sin abdicar de tu așcetismo cristiano, presumes de belleza mora. Por arriba, te puso la luna su pincel de plata. Por debajo, te puso el Greco su pincel de mago, en el cuadro del Entierro del Conde Orgaz, el más logrado de sus lienzos.

Claro de luna que pone luminosas cenizas en la Casa del Greco, el gran candiota que puso cenizas de penitencia en las carnes de sus figuras y torceduras de llama en sus miembros, sometiendo la técnica del color al servicio del espiritualismo... Allá se levanta su casa, junto a la explanada del Tránsito, junto a los muros de la Sinagoga que con sus frisos hebreos, con sus alharacas y artesonados de alerce pregonan la munificencia de aquel famoso Mecenas judío, de aquel Samuel Leví. Claro de luna que alumbras el paseo del Tránsito, ayer mismo regado con la sangre del Deán Polo de Benito y del hijo de Moscardó, inmolados por ladrones y asesinos a sueldo de Rusia!..

TEODORO MOLINA ESCRIBANO

La hora conmovida

Te sentíamos, España, dentro de las venas, como una nueva anunciación. A la madre dolorida que en tí forjaron los malos hijos, el Angel del Señor anunció, con un rayo de sol poniente, la serenidad de un alumbramiento de lo Alto. Se acabó el sufrir de tus ojos, y en la angustia de tus heridas brotaron los laureles de los héroes para empapar la sangre que regara tus tierras, bañadas de una bronca murmuración de lucha. ¡Cuánto tiempo, España, sin ver en el aire el temblor de tu vieja bandera, mortaja de mártires, con toda la sangre de los héroes y todo el oro de las virtudes raciales!

Y ha sido así: ingénuamente, santamente, en un alboroto de risas y gorjeos, como ha surgido la solemnidad de esta hora nueva y fecunda. Habíamos perdido tu vereda, tu senda, tu camino... Todos, españoles y españolas, coraza y alma, tronco y rama, empuje y oración de nuestras horas gloriosas, íbamos sin norte, desamparados de tu realidad, como en una peregrinación de mártires bajo la luz conmovida de las estrellas. Era una pena tu vida, España. Se miraba a lo lejos y el color de las eras tenía un triste reflejo de sangre, de martirio, de crimen pasional: esa pasión de novia buena con que tú reías en las calles de tus pueblos, presagiando en la noche de fiesta la ronda de los mozos; esa pasión de novia con que tú salías a los caminos, para cantar tu canción de enamorada, de luz y paisaje, de siembra y de sol. Así cantabas tú, España: temblorosa en el vuelo azul de tu falda, para no despertar la emoción de tu vida, fuiste de puntillas por los caminos cantando el sueño de las estrellas, caídas de cinco en cinco, como flechas de anunciación, sobre el yugo de la tierra emocionada.

Ya no hubo para tí ni paz ni oración: Arahál, Morón, Baena, Palma del Río, sonaron en tus oídos con una triste entonación de martirio. Pero en todo, vivíamos separados de tí, España, olvidando que teníamos que ser un poco redentores de nuestras propias vidas, para merecer la claridad de la senda. Cada uno, redentor de sí mismo, evangelizador de sus destinos, mártir de su carne y de su sangre.

Y después de la noche larga de tu sacrificio, así ha surgido la aurora:

fuerte, como el temblor de la sangre que se nos hizo canción emocionada en las venas; alegre, como el recio voltear de las campanas que, en las torres de la ilusión, anuncian las victorias nacionales.

Así fueron los héroes sobre los caminos, sobre las cuestas llenas de sol, llevando en el pecho las cinco flechas, rígidas y en haz, para que pudieran fundirse en sus puntas ensangrentadas las cinco rosas que la gloria promete a los caídos. Fueron alegres y reidores, con la primavera de sus cantos en los fusiles, levantando en todos los pueblos sus banderas de imperio, bajo el sol y las estrellas, noche y día, mirando la guardia extática e impassible que los mártires formaron en los luceros. Po eso, tú, España, ante la llegada de esta hora conmovida y exacta, hora precisa y espléndida de tu resurrección histórica, sentiste como un clamor de sangre encendida de júbilo. Los siglos se te hacían carne de tu propio sacrificio y dolor de tus propias heridas: heridas abiertas de tus manos, forjadoras de mundos: ¡santas heridas, nuevamente abiertas de pasión, en esas manos divinas cansadas de bautizar en todos los pueblos de la tierra!

Y sonó por fin tu hora. Hora conmovida. Hora de encendimiento, de júbilo general. Hora de colgaduras en rejas y balcones, de alegre cantar de enamorados, de anunciación. En nombre de los héroes, de ese clamor de siglos, de ese temblor de tus piedras seculares, ha sonado la hora de hacerte grande y sentimental en tus destinos; la hora de elevarte sobre nuestros hombros, endurecidos por el fragor de la gesta, aunque muchos de los que sueñen esa obra caigan — elegidos de Dios — hundidos en la tierra por el peso de tu redención y de tu vida.

Ya sentimos una nueva alegría, España: la de verte fundida en el pensamiento de tus hijos. Ellos han tenido que merecer tu amor y lo ganaron en los campos a fuerza de cantarte.

Dura ha sido la lucha por tu libertad, pero ya viene cantando el amanecer que se esperaba: forjado con sufrimientos de madres, con sangre de mártires, con angustias de novias, y que sobre la tierra, a la hora exacta y encendida de su nuevo alumbramiento, promete ser fecundo y glorioso.

FRANCISCO MONTERO GALVACHE

ESPAÑA RENACE

Cuando un pueblo posee un potente y puro ideal nacional que armoniza la suma de apetencias particulares y hace que la gente corra alegre tras él, como único y seguro cauce de vida, está seguro de su destino, es indestructible y puede verter cediendo generosamente el exceso de contenido espiritual que forma su alma y le dá carácter. España comienza como nación con nuestros gloriosos Reyes Católicos, y debemos al genio político de Fernando de Aragón, que supo exhibir ante los ojos de sus súbditos un programa común, la iniciación de nuestras grandezas y el comienzo de nuestra expansión. Y es nuestra España señera y admirable la que saliéndose de sí, en un fogoso y desinteresado desprendimiento, hace ondear nuestra gloriosa enseña bicolor por todo el orbe, enseñando a los humanos a reverenciar el nombre de nuestra patria. Mucho se ha discutido y querido hundir en el fango más injusto la obra de España, pero contra toda pasión y engaño el mundo reconocido acepta la verdad esplendorosa y brillante como otro sol. España inundó América de Escuelas y Universidades y fué la primera nación que colonizando, y no explotando, como otras, los territorios por ella descubiertos, levantó, atendiendo a los dictados de la noble Isabel de Castilla, la condición del indio a la categoría de hombre libre y con derechos. España supo ser una y fuerte; y adoptando las medidas de seguridad interior que otra cualquiera nación hubiera adoptado en aquella o en esta época, consiguió, desterrando el cáncer de la herejía del solar patrio, obtener la disciplina férrea que toda nación necesita para contener la ola extraña y lanzarse a empresas de mayor envergadura.

La España inmortal de Numancia, el Cid Campeador, Lepanto y otros mil hechos de gloria lo había perdido todo; una suma de pasiones y malos instintos se enseñoreaban de nuestro suelo; la unidad tan difícilmente conseguida estaba en peligro; la armazón nacional crujía, y España, que para no tener no tenía ni su bandera, en mano de malos conductores y peores patriotas se iba convirtiendo por falta de un ideal común en una despreciable colonia del Soviet ruso. Pero en medio del caos, un grupo de hombres hijos de la raza que nunca puede morir, de esa raza creadora de tantas patrias que forman nuestro imperio y orgullo, supo levantar el pabellón nacional escribiendo en su fondo una palabra que simboliza todos los esfuerzos, todos los sacrificios, porque en sí es hierro, coraje, paciencia y voluntad: FE. Tras el viejo pabellón, hoy más nuevo que nunca, corren otra vez los españoles puros, los que sienten en sus venas la fe cristiana de nuestros antepasados por la que España lo dió todo, los que rememoran las glorias de nuestros heroicos Tercios, para arrojar de la Península al extranjero vil; y arrancada toda causa de ruina y desasosiego, los españoles pueden ya, con la categoría de un pueblo, proseguir su paso por la Historia con la seguridad de que la nueva unidad de destino que nos define nos devuelve una patria grande y libre, más nuestra que nunca, porque nunca se siente más una idea que cuando por ella se ha sufrido. ¡Viva España! ¡Arriba España!

José M.^a CORDERO

SUEÑO DE PECES

Una subida de verde, de verde verde que sube hasta perderse en las ramas; curvas de cuevas arriba con caminos deslindados, y flores y manantiales de agua fría de montaña; y allá en la cumbre del todo, torres de esquinas dobladas, sostienen bronce dormidos que se visten de campana. Y tú y yo para subir el camino de la Alhambra, en un silencio que mire hojas y flores y aguas.

El monte de los gitanos, tiene los ojos abiertos con sus párpados de puertas y las niñas de colores de los vestidos de zambra, y allá en el fondo, la sierra, juega, con nubes rojizas, a ponerse colorete sobre la nieve de harina. Y tú y yo que lo miramos, hemos entrado en la Alhambra. Yo no la quiero desierta de cobres y porcelanas; yo no la quiero sin velos y me acerco a las ventanas y sólo veo a los hombres que no me recuerdan nada; quiero turbantes y barbas, quiero guimias y espingardas y solo veo mujeres vestidas de filigrana. Yo quiero fuentes sencillas con seis columnas de mármol. No me gustan los leones. Quiero un ánfora de plata. Por este miro las torres con sus esquinas dobladas, que dicen guardias nocturnos y un enemigo que pasa.

Pero ven; mira este patio con naranjas dibujadas, con un color de naranja que nos tiembla en la mirada y después en el secreto que las paredes no guardan, me vendrán tus pensamientos con suave olor a naranja.

Tú, la princesa del norte, no está tu sitio en la Alhambra y esto lo saben los peces que colorean el agua persiguiéndose las sombras y no pueden alcanzarlas. ¡Qué tontos, los peces, tontos!, pero los peces lo saben; por esto cuando los miras se escapan con tu mirada. Porque tú no eres morena ni moruna ni gitana; porque tus trenzas son trenzas de lejana escandinava.

Si tú fueras prisionera asomada a la ventana, Princesa, despertarían las paredes de la Alhambra. Tu sitio está en una torre, alta, más alta, cerrada; y entonces vendrá el velero y tocará la campana y tendrán celos sultanas y el Sultán te dará flores y tú mirarás con verde, el verde de la montaña; y vendrán guerreros altos con pieles en las espaldas y cortarán las cabezas cogiéndolas de las barbas, y el caudillo rubio y fuerte te subirá en su caballo y te llevará muy lejos, donde no veas la Alhambra.

Pero hoy no vibra el bronce ni hay sultanas ni sultanes y los guerreros de entonces hoy vienen en caravanas; americanas de cuadros, gorras feas y corbata y alemanas gordas viejas, asesinas de la Alhambra. Por esto, Alhambra dormida, sueña cobres y espingardas y ojos verdes prisioneros y ojos muy negros que mandan.

Princesa, no quiero verte vistiendo ropas de vida, en la muerte de la Alhambra. Los peces rojos persiguen sus sombras que se adelantan. Las naranjas bailan juegos con el viento entre las ramas.

Y una bajada verde, de verde verde que baja. Y tú y yo para bajar el camino de la Alhambra.

JOHN Mc. MONEGAL

En aquellas tres naves...

Llevaba la flotilla, velera del ensueño,
la esencia del espíritu español;
vibraba en sus cuadernas temblor de Clavileño,
codicia de laurel, ansia de sol...

Arriba, sobre el mástil de una carabela,
dando aliento al piloto, alma de luz,
iba la fe sublime del alma de Isabela:
Castilla cobijada por la Cruz.

Detrás, en otra nave, con rumbo de esperanza
—como en corcel dominador del mar—,
mostrábase el caudillo de indómita pujanza:
el épico Rodrigo de Vivar.

Y en el bajel tercero, con la mirada fija
en tierras que soñara el corazón,
alzábase profético Antonio de Nebrija:
orfebre del idioma, que es blasón.

Aquesto en sus entrañas portaban los bajeles
cuando la Patria los miró partir...
Partiéronse a lo ignoto para sembrar laureles,
para una sementera por venir...

El sueño se ha logrado y es sol que eterno brilla.
Han vuelto los que hiciéronse a la mar;
eternamente a España retorna la flotilla
de Isabel, de Nebrija y de Vivar.

Agora los bajeles arriban triunfadores
con fraternal impulso de emoción;
su carga es lo sublime que floreció en amores
de Fe, de sacrosanta tradición.

Y España abre los brazos, y estrecha en cada brote
una prolongación de su existir;
un mundo: magno Imperio que tiene en Don Quijote
el ritmo de su hispánico latir.

Aquesta es la cosecha que, antaño, la flotilla
sembró en surco que no se borraré.
España sembró estrellas, y su cosecha brilla
donde los soles ruedan, arriba... ¡más allá!

M. R. BLANCO-BELMONTE

...¡Mi España! ...¡arriba España!

Orgullo de una raza
de héroes y santos,
hoy ante tí de hinojos
toda la tierra,
o adora la leyenda
de tus encantos,
o masca el duro freno
de triunfal guerra.

Titanes del Alcázar,
invicta Oviedo,
oh novios de la muerte
de la Legión,
regulares que en torno
azuzáis el miedo,
indomables soldados
de mi Nación;

romántica Falange
de caballeros.
santo solar hispano
del Requeté;

sois eternos sillares,
puros veneros,
de patria y de realeza
de honor y fe.

Por la gesta magnífica
de vuestra espada,
por la sangre de mártires
que derramáis;
el sol que hace tres meses
alboreaba
por un cenit de glorias
hoy paseáis.

¡Hermanos de una raza
de héroes y santos!
que ante vosotros vibre
toda la tierra,
y que al bélico empuje
de vuestros cantos,
os cubra el rojo y gualda
de triunfal guerra!

JUAN GARCÍA FAYOS
Catedrático de Literatura en el Instituto de Jerez

SOBRE EL HAZ

A Falange, en el honor de
sus mártires.

Luchadores

Bajo la guardia en haz de los luceros:
En vuestros labios temblarán las flores
Que la muerte cortó por los senderos.

Que la Gloria cortó para las frentes,
De los caídos
En el combate de los rondadores.
Por los vencidos,
Suenan las aguas en las viejas fuentes
De los triunfadores.

Alta es la noche bajo las estrellas,
Sobre los caminos,
Y en la noche alta, brillan las centellas
Del yugo y las flechas de los peregrinos...

Vamos por la senda cara a los luceros,
Con la muerte heroica de los soñadores
Que dieron sus vidas,
Por cubrir de flores
Las rojas heridas
De los compañeros.

Llevamos por sueño
De Gloria,
La historia
De un antiguo Empeño:
¡Por sueño
de Gloria!

¡Vamos por la senda de los rondadores,
Bajo las estrellas,
Que en la noche alta, brillan las centellas
De los luchadores!

¡Vamos por España, cara a los luceros!
¡Vamos por la Gloria de los compañeros,
Que ya suena el himno de los triunfadores!

FRANCISCO MONTERO GALVACHE

Ayuntamiento de Madrid

BIBLIOGRAFÍA

"JEREZ-XEREZ-SHERRY", por Manuel González Górdon

A los que atraídos por la fama del «Jerez-Xerez-Sherry», nombres con que se conoce nuestra ciudad, en la España y en la América Española, en Francia y sus colonias, en Inglaterra y su imperio y sus naciones de influencia, respectivamente; a los que atraídos por dicha fama, repito, llegan a Jerez y visitan sus amplias calles señoriales, sus tortuosas callejas de traza medioeval con elegantes casonas del más risueño y depurado gusto andaluz, sus iglesias catedrales, sus barrios chillones de pueblo sano y alimentado, y visitan, por último, sus grandiosas industrias vitivinícolas dirigidas por hombres de negocios de concepción universal; de este tipo, que ha dado en llamarse, en este, nuestro siglo, tipo de hombre de negocio americano; cuando el visitante, ebrio de arte, de buen gusto, y de éteres ambrosiáceos indaga y pregunta: yo quiero llevarme una síntesis, un recuerdo, una memoria, un libro o un folleto, donde esté recogido la historia de esta ciudad única y la génesis y desarrollo de esta industria modelo, daba vergüenza y pena, hasta hoy, contestarle, que ninguno de los pomposos organismos corporativos ni oficiales de la ciudad, había tenido la curiosidad de recoger ni reeditar, tanta historia escrita, tantos intentos malogrados, tanta sapiencia técnica y empírica que de padres a hijos o en el rutinario aprendizaje de la bodega, se transmitía verbalmente como se transmitía el coplero popular. Manuel González Górdon, ingeniero, de esos hombres de negocios de concepción universal, hijo del ilustre gerente de una de las bodegas más renombradas de Jerez, tuvo el buen gusto de conmemorar el primer centenario de su casa, con un libro eterno como las esfinges, en una edición esmerada, lujosa y pulcra, con una documentación sagaz, genética, seleccionada y precisa como las ciencias. La donó a Jerez y para conocimiento de Jerez ante el mundo, sin miras egoistas ni de propaganda parcial de su casa ni de sus vinos, sino en ofrenda de la clase, de la industria vitivinícola de la casa.

En dicho libro el erudito encuentra cómo escribió Rodríguez Marín, el complemento de su archivo y de su bibliografía sobre un tema inexplorado y capital de la economía española; el filósofo como Ortega y Gasset, la explicación de por qué el vino es una de las fuerzas elementales del mundo y de la vida; el poeta como Schakespeare, con esa divina intuición emocional de los poetas, la confirmación científica del consejo: «si mil hijos tuviera, el primer principio humano que les enseñaría sería adjuar de toda bebida insípida y dedicarse al vino de Jerez»; el crítico, como Ruskin, la necesidad de considerar justo y tolerable beber vino de Jerez, desde que sale el sol hasta que se pone...; Nelson, el marino, y Wellington, el militar, fueron grandes devotos del Jerez; el religioso no tiene más que recordar la leyenda sobre un caso que tuvieron en la bodega los PP. Dominicos de Jerez «Regium memsis arisque deorum»; el novelista viajero, como Teófilo Gautier, la comprobación de que un hombre puede pasarse un año entero probando los diferentes tipos de vinos de Jerez, sin agotarlos, y el médico, como Federico Rubis, la afirmación de que los vinos generosos de Jerez dan indudablemente energía, calor, al contrario de lo que sucede con los alcoholes; esta energía, este calor, se transforma en el hombre en trabajo, y al

concluir, resulta que no ha salido nada de sí, y que su organismo se encuentra tan fuerte y robusto como antes.

La explicación de todas estas opiniones, recopiladas en el apéndice del libro de González Górdon, unas intuitivas como las de los grandes artistas que a través del tiempo, empezando por los apóstoles, abarcan a distintas personalidades; otras de hombres de ciencia, todas ellas vividas, hasta el número de cien, y expuestas sistemáticamente en cada uno de los capítulos que la obra comprende. El primero, narra la historia de Jerez, amenizada con curiosas anécdotas, haciendo honor a los distintos historiadores antiguos y contemporáneos que estudian nuestra ciudad.

El segundo está dedicado al vino de Jerez a través de su historia, y los nombres porque se conoce, con dos curiosos grabados que representan la ciudad de Jerez y sus viñedos en 1565 y cómo se embarcaba el vino en la bahía de Cádiz en 1564. Termina este curioso capítulo con datos estadísticos de la exportación de vinos españoles en el siglo XVIII, año por año. Deberían editarse por separado los distintos capítulos de este libro admirable, pero especialmente los capítulos IV y V, que requieren atención especial y una difusión pródiga en cartilla o folletos. Cartillas del viticultor y del vinicultor, podrían titularse, para conocimiento metódico y científico de agrónomos en general y viticultores y vinicultores en particular.

Porque en ellos se traza con vigorosa pluma y amena enseñanza, la vid y sus variadas especies: las once asiáticas, las veinte americanas y la sola europea con sus quince variantes: palominos, mantuos, mollares, albillos, moscateles, etc.; el área total de viñedos en el mundo; las especies vitícolas en España; el consumo del vino: 70 litros anuales por habitante; la existencia del viñedo jerezano y de los partidos judiciales del Puerto, Sanlúcar, Chiclana y Lebrija; las labores y faenas en cada uno de los cuatro años de su implantación: la agosta, el marqueo, la cavabien, el golpe lleno, la desgrama y la vendimia, por último. Analiza, con autoridad científica, el proceso de la fermentación de los vinos ante el agente catalizador, justificando que se diga del vino de Jerez que «nace y no se hace». Distingue las cuatro clásicas variedades del vino en finos, amontillados, olorosos, y los accesorios dulces: Pedro Ximenez, Moscatel, Pajarete, Color y Tintilla.

La clasificación de los mostos hechos por el catador en raya: raya y punto, dos, tres rayas, y la de los vinos de añada con una o más palmas según su grado de finura y aquellos bastos y gordos, pero muy limpios de nariz, con unos varios trazos y transversales, que reciben el nombre de palos cortados.

Y por último, explica el método que se sigue de Solera, para conservar un vino uniforme en edad y estilo, sea este fino, oloroso o cortado.

Los dos últimos capítulos tratan de la bota y la botella como envases y del brandy, con la misma singular maestría de los anteriores.

Y no quiero finalizar este comentario, sin abogar, con el ilustre autor de «Jerez-Xerez-Sherry», porque se creen en la campiña jerezana escuelas rurales con el aprendizaje del oficio de viticultor, para estimular al trabajador en el oficio y evitar que sigan ocupándose en esta faena todos los obreros desocupados.

MANUEL CHACÓN SÁNCHEZ

Gloria a los caídos

En el aire estremecido, España ha cantado el himno glorioso de su gesta. Hoy, plena de honda emoción, bañada por la sangre de sus mártires, vuelve a lucir su gallardía imperial, encendida de un sol sin crepúsculo que vibra en el clamor de los héroes, muertos con el sueño de la Patria entre los labios.

En la hora emocional de España, CAUCES entona con todo el júbilo de la nueva Reconquista, la plegaria que ha de resonar eternamente en los sepulcros de los caídos. Es tierra de España la que ha sentido el olor de la sangre vigorosa y fecunda, tendida como vena redentora bajo la luz de las estrellas blancas en espera del último amanecer que será eterno en el Mediodía de la Patria. Esa tierra conmovida, tantas veces hollada por las garras traidoras de los que encendieron esta llama dolorosa, pero excelsa, que empezó con un clarear de angustia densa, cuajada en llanto de cristal pronto a quebrarse en el pecho, y ha concluido en solemne consagración de todas las virtudes nacionales.

Yertas las venas en el último riego de la vida, los héroes alzaron sus miradas al cielo para sentir toda la emoción que abandonaban. Hasta el aire de la noche ha tenido vibración de romance en sus oídos: el sueño largo y eterno de la madre; la última mirada de la novia, plena de indecisión y encendida de besos; el clamor contenido e ingenuo del hijo y la adoración extenuada de la esposa, tuvieron humo de tragedia sobre el fuego desolado de la Patria. Por ellos, los caídos, en todas las aldeas de España suenan triunfales las lenguas conmovidas de las campanas, tanto tiempo consumidas en la espera de los campanarios. Las sendas se han cubierto de oro, para cantar alegres al paso de los soñadores, que llevan los brazos amoratados por el dolor de la Patria.

MÁRTIRES:

España conmovida, alzada en todas las peñas, oteando la llanura por donde ha de llegar el alba, desplegó sus banderas de sangre y sol para velar vuestros sueños inmortales en la soledad de los sepulcros heróicos. Sobre ellos, CAUCES deshoja, bajo la noche estrellada, el vivo temblor de sus laureles.

Francisco MONTERO GALVACHE
José M. HERNANDEZ-RUBIO
Pedro MONTERO GALVACHE

La hora espiritual

Como la flor que espera el rocío de la aurora para mostrarse en la plenitud de su lozanía, así el espíritu español se ha abierto, saturado de aromas de libertad y de justicia. Porque el alma humana tiene también su primavera, la Naturaleza, a cuya aparición la vida universal renace magnífica y exuberante de colores, de cantos y de alegrías, ha derramado en los campos de España toda la savia de una nueva juventud que sueña, con sueños espirituales de Religión y de Imperio.

Y esta es su hora; sí; es la hora espiritual, la hora del sentimiento. A su influjo divino, los corazones vibran, las almas sienten el deslumbramiento de las más altas ideas; y estos sentimentalismos se han dado en el lenguaje natural y excelso de la Poesía, ofrecido por Dios al hombre, para definir y cantar lo que, por divino, escapa a nuestras manos materiales: y cada día, un nuevo himno, una nueva canción, palpitante como el temblor emocionado de un corazón vivo, escapa y vuela, como una flor alada, de boca en boca, de corazón en corazón, dándonos, por la invencible sugestión de la Poesía, ese algo eterno que había en el sentimiento que la hizo nacer bajo el ritmo musical de esta hora sublime; de esta hora del espíritu y de la resurrección nacional.

Una nueva canción de inmortalidad que viene a decirnos, con la melodía y el encanto de sus versos, que Dios, nuevo Jesús, nuevo Cristo, nuevo Redentor de la Humanidad, ha descendido como una dulce visión celeste sobre nuestros espíritus y dice también, como a Lázaro en su sepulcro: «Levántate y anda»...

ISABEL TALLAFIGO

El Otoño del poeta

Novela corta por PEDRO MONTERO GALVACHE

(Continuación)

Verá; siga V. este mismo camino, y al llegar a aquella Cruz de Piedra, tuerza a la derecha. Enseguida verá V. a menos de un kilómetro, las torres del Palacio.

El zagal se alejó, acariciando en el ancho bolsillo de su pelliza, la moneda de plata que el poeta le regalara, y Javier echó a andar, en derechura de la Cruz señalada por el pastor.

Las cabras, en el silencio del crepúsculo, hacían sonar sus esquilas, como una música lejana y acorde...

IV

Gabriel el de Rozalejo, hacía asientos de enea, en el porche de la guardería, y como la carretera subía hasta el Palacio, en una curva violenta, desde el porche, distinguió al poeta.

Recordó su figura, alta y prócer, un tanto vencida, ahora, por el peso de la enfermedad; su andar firme; su cabeza clásica y hermosa, echada hacia atrás, en un gesto entre insolente y simpático.

Corrió al interior de la vivienda, llamando a la guardesa:

—Laura... Ven acá! Ven pronto, mujer...!

Laura salió de la alcoba, recogiendo en un moño, apretado y brillante, la onda de pelo, negro como el azabache, perfumado de romero.

—¿Qué quieres, criatura? Vaya un modo de llamar...! Cualquiera diría que te persigue el morbo...

El explicó, nervioso, agitado por la sorpresa:

—Ahí viene el amo... ¿Dónde te parece que le recibamos?

Laura hizo un ademán de incredulidad:

—El amo aquí...? Tú estás loco! No seas fantasioso... ¿A qué iba a venir el amo al Palacio...?

—Es él. Lo he visto venir desde el porche, por el camino, a pie. No me he confundido.

Bien le conozco desde que el último otoño estuve en Madrid, para arreglar el contrato de la traída del agua al secano... Su andar, su figura, su elegancia. Es él, es él...

Salieron a la senda del parque, al encuentro del señor.

Estaba apoyado en la verja de hierro de la entrada, paralizado por una repentina emoción, que le abrumaba como una losa de plomo. Abstraído, contemplaba, en la lejanía, al final del caminejo enarenado, la esfinge señorial del casalicio, como una paloma, toda candidez, rodeada de árboles copudos, centenarios y nobles. Escuchaba el canto de los pájaros, en el misterio de la fronda, y el romancesco desgranarse del agua, en las fuentes de mármol, coronadas de estatuillas de vírgenes y faunos, escondidas en las alamedas umbrosas! Era la primera vez que ponía su planta en aquel parque, evocador y antiguo, que encerraba como una joya, el palacio donde nacieron sus abuelos, los héroes de las cruzadas, los paladines de los descubrimientos; los chambelanes y gentileshombres de todos los monarcas de Castilla... ¿Cómo fué tan olvidadizo para con el solar de su raza? ¿Hasta ese extremo de ingratitud y egoísmo, le arrastró la vida cortesana, con su séquito de placeres tórpidos, de ambiciones impuras, de inconfesables deslealtades...?

Dió unos pasos hacia los guardeses, que le esperaban a distancia, acertados por su actitud contemplativa:

—Buenas tardes, señores. No me aguardábais, ¿verdad?

El poeta se esforzaba en dar a sus palabras un tono acogedor, familiar, anhelando fundir el hielo del primer instante.

Los campesinos se inclinaron, doblando la frente, como los siervos de la gleba, ante los magnates de horca y cuchilla, en los siglos de la dominación feudal. Eran sencillos, ingenuos; las modernas utopías de redenciones sociales, aún no les habían pervertido el corazón, y sentíanse tímidos ante aquel señor, que en sus versos, cincelaba las imágenes en el sonoro lenguaje de los dioses.

—Acercaos. No quiero que me trateis con tanta cortesía. Quiero ser amigo vuestro. Traigo ansia de paz, de salud, de vida. La ciudad me asfixiaba, y vengo a vosotros, para que me deis la fuerza y el vigor que los hombres me robaron.

Los guardeses le miraban, asombrados. Realmente, hablaba bien, con la elocuencia magnífica de los genios. Hasta aquel rincón olvidado de las montañas andaluzas, había llegado el eco de la fama, que nimbaba el nombre del poeta, predilecto de la Suerte.

—Acercaos, os he dicho...—repitió, con dulzura.

Obedecieron más serenos, alentados por el saludo cordial del aristócrata.

—Perdone el amo,—se excusó, débilmente, Gabriel el de Rozalejo—. No sabíamos que iba a llegar. De saberlo, hubiéramos salido a la estación.

—¿Para qué?—cortó, campechanamente, Javier—. Precisamente, quería evitaros esa molestia. Además; aunque nunca estuve aquí, me constaba que era muy fácil llegar al Palacio. Ya veis, como no me he perdido...

Laura intervino, satisfecha de poder comunicar al señor una buena nueva:

—El Palacio está limpio, mi amo, lo mismo que los caños del agua. Todos los días, abrimos las ventanas, y lo arreglamos todo, como si estuviera habitado... Ya lo verá el señor...

—Me alegro. Sentiría tener que hacer tiempo a que me preparais habitaciones. Y sobre todo, lamentaría daros más trabajo. Así no tendré más que instalarme en los cuartos que se me antoje.

Se dirigieron al Palacio.

Anochece ya. Sobre el tisú del cielo, se extendía una franja roja, como un vellón de lana, empapado en sangre y prolongado de occidente a oriente.

De vez en cuando, se oía en las ramas de los árboles, el vuelo de algún pájaro asustado y entre los rosales que orillaban la senda, el deslizarse, manso y artero, de los lagartos.

En la alfombra de plantas exóticas que cubría los arriates, brillaban las luciérnagas, y de trecho en trecho, bajo el palio de alguna palmera, un pavo real, abría el abanico azul, verde y oro, de su cola...

V

Los primeros días pasaron rápidos. Javier los dedicó a recorrer el Palacio. Aunque restaurado en el XVIII, con arreglo al gusto decadente de la época, conservaba la pátina severa y noble de las construcciones señoriales del Medioevo español. Benalgar se extasiaba admirando los salones, magníficos y regios, colgados de damascos y de lienzos de un valor artístico incalculable; las galerías, que parecían no acabar nunca, con sus vidrieras ojivales y sus ventanas hondas, en cuyos huecos gustaba el marqués refugiarse horas enteras, para releer, sentado en almohadones de miraguano, las obras de sus autores favoritos, o para abismarse en el océano de pensamientos vagos, dulces, que le producían un placer intenso. Placer de poetas y delicia de almas elegidas. También le encantaba la capilla, con sus hileras de sepulcros tallados en bronce y en piedra negra, osamenta de aquellos antepasados suyos que fueron capitanes en las cruzadas religiosas; misioneros en las selvas de mundos vírgenes, y gentiles hombres de los poderosos y etiqueteros soberanos de Castilla. Y le llenaba el ánimo de calma renovadora y santa, la visión del parque inmenso, con sus calles abiertas entre

acacias y álamos seculares; y sus fuentes empenachadas de musgo; y sus alamedas festoneadas de mirtos. Paseaba mucho, bajo la techumbre verde de la arboleda, penetrado siempre del aroma de los claveles, los jazmines y los alhelíes, con las pupilas deslumbradas por el mar de luces cambiantes que las ramas dejaban filtrar, un poco mareado el cerebro por aquella paz, por aquel silencio, que nada turbaba nunca, y a los que él no estaba acostumbrado. A veces, sentía una congoja invencible, apretándole el corazón, y oscureciéndole los ojos con un vaho de lágrimas.

—¿Por qué no vine antes a la Heredad de Liz? Esto sí que es poesía y arte; el Arte supremo y la Poesía Augusta que el mismo Dios puso en la tierra.

Y el pobre poeta, con el alma invadida de anhelos inasequibles y el cuerpo minado por la anemia, se dolía de los años perdidos en el farrago del mundo, en el bullicio de las sociedades que no entienden esta poesía escondida del corazón.

Laura le servía las comidas, en el gran comedor del Palacio unas veces, y otras, en las habitaciones que el marqués de Benalgar se había reservado. Le servía en silencio, sin osar dirigir la palabra al señorito; y acabado el servicio, pedía permiso para retirarse y se esfumaba como una sombra.

Una tarde bajó a la cocina de la guardería. En torno a una larga mesa se disponían a cenar los guardeses y sus hijos. Al entrar el poeta, todos se pusieron de pié.

—Sentaos; no os molestéis. Os haré compañía un rato.

Sonriente, afable, fué a sentarse cerca de Gabriel el de Rozalejo, a la cabecera de la mesa. Hubo un segundo de indecisión y de silencio. Al cabo, la voz respetuosa del guarda se alzó en aquel mutismo penoso.

—Señor marqués: Antes de empezar es costumbre bendecir la comida; y esto ha de hacerlo la persona de más respeto. Perdone el amo, pero la tradición es sagrada.

Se levantó Javier; hizo la señal de la Cruz; rezó un padrenuestro, y luego quedóse callado, entre risueño y humillado. No se acordaba de ninguna fórmula para la bendición, y ya iba a confesar su ignorancia saboreando el placer de aquel abatimiento de su soberbia, cuando acudió en su ayuda Laura, compadecida de la violencia que aquel olvido significaba para el marqués. «Bendíciti domine...» rezó la mujer, en el dulce lenguaje de la Iglesia. La cena transcurrió muy agradable. Benalgar hablaba de sus viajes; de la vida madrileña; de los exotismos de otras naciones... Todos le escuchaban sin osar interrumpirle. Acabado el yantar, Javier invitó sencillamente.

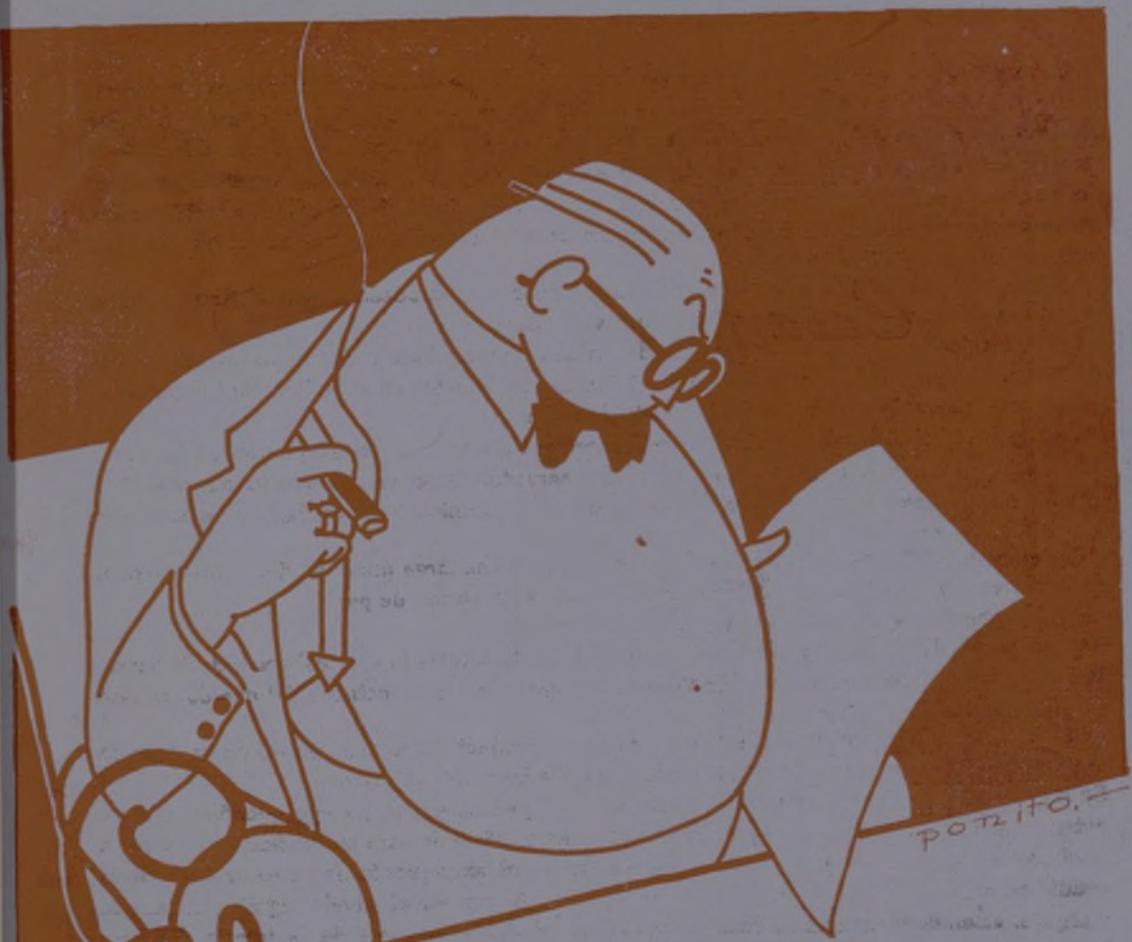
—Preséntame a tus hijos, Gabriel. Deseo conocer sus nombres, sus aptitudes...

El de Rozalejo fué presentándolos uno a uno. Fernando, el segundo de los varones que iba a entrar en quintas aquel año. Cuando volviera del servicio, se haría cargo de los establos de la casa. Juanito, un angelote mofletudo y tostado, el mejor de todos, aún no tenía edad ni fuerzas para el trabajo; sin embargo, ya ayudaba al padre en la recolección de pastos y en el cuidado de los rebaños. Y Mari-Sol, una morena de ojos verdes, cutis diáfano como las conchas del mar; pelo rizado y negro, y cuerpo delgado, esbelto, como el de una Virgen Norentina.

—¿Se llama Mari-Sol?—dijo el poeta con la hidalga cortesanía que hubiera usado para galantear a una princesa de la sangre—. Es un nombre muy bonito. Y a tí te sienta a maravilla. Merecías haber tenido un hada de madrina.

Mari-Sol se arreboló como un clavel. Un fuego, hasta entonces desconocido para ella, le quemaba el pecho y le subía a la cara en oleadas ardientes. ¿Qué le decía el amo con aquellas frases que ella no entendía del todo, pero que sonaban en sus oídos como una canción maravillosa? Mari-Sol, toda temblorosa en aquel oscurecer de Abril, silente y perfumado, agradeció al marqués de Benalgar sus palabras de elogio; y envidió a las mujeres de gran mundo—aquellas mujeres hermosas y amables a quienes enloquecían los versos paganos del aristócrata—porque podían descifrar el misterio de aquellos piropos, y porque tenían el privilegio de abrazar el corazón del poeta en la hoguera de todas las gentiles turbaciones.

(Se continuará)



El más exigente ...

...quedará satisfecho con la CALIDAD y ECONOMIA que encontrará en los trabajos que encargue a la

Tipografía Manuel Martín

José Luis Díez, núm. 7. - Teléfono 1259
JEREZ DE LA FRONTERA
Ayuntamiento de Madrid

Pedro Domecq

Casa fundada en 1730



“Jandilla”



Jerez de la Frontera

Ayuntamiento de Madrid